

cuaderno por una tercera izquierda mundial

nº 138

[Slow Down: The Degrowth Manifesto](#)

por [KOHEI SAITO y Brian Bergstrom](#) | 29 de octubre de 2024

"[A] well-reasoned and eye-opening treatise. . . . [Kōhei Saitō makes] a provocative and visionary proposal." —*Publishers Weekly*, starred review

"A cogently structured anti-capitalist approach to the climate crisis." —*Kirkus Reviews*, starred review

¿Por qué, en nuestra sociedad opulenta, tantas personas viven en la pobreza, sin acceso a la atención sanitaria, trabajando en múltiples empleos y sin embargo sin poder llegar a fin de mes, sin perspectivas de futuro, mientras el planeta se quema?

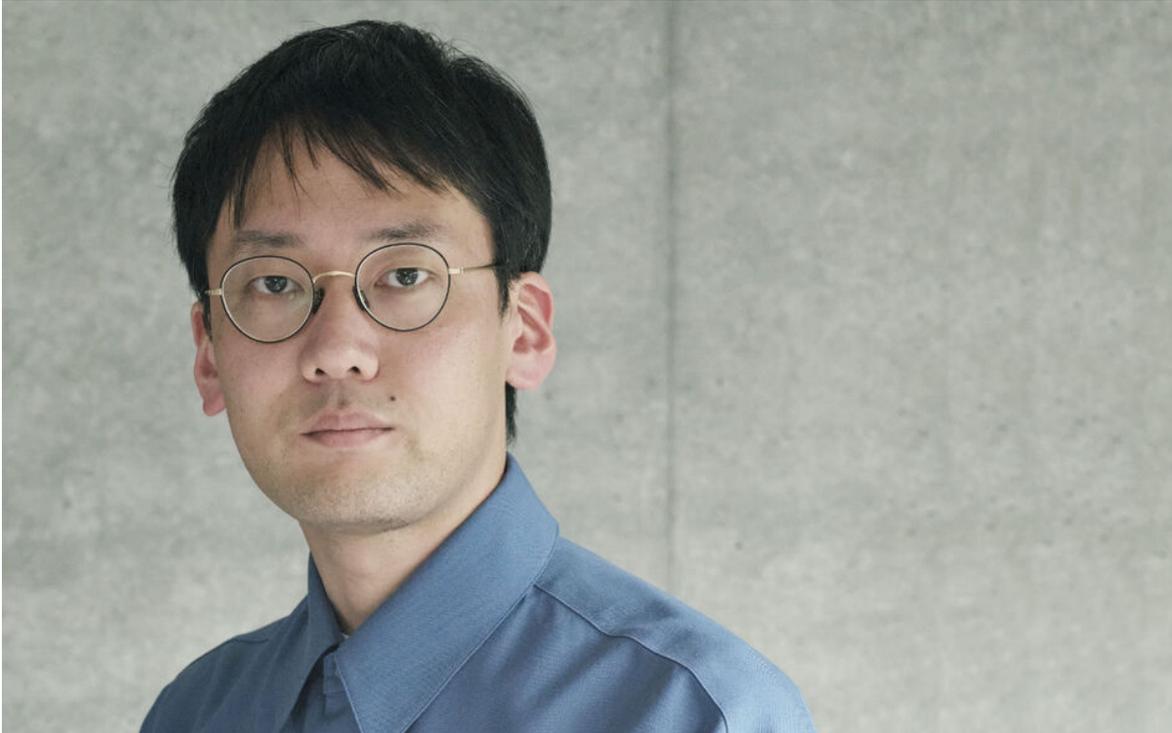
En su éxito de ventas internacional, Kōhei Saitō argumenta que, si bien se suele culpar al capitalismo desenfrenado de la desigualdad y el cambio climático, los llamamientos posteriores a un "crecimiento sostenible" y un "Nuevo Pacto Verde" constituyen un compromiso peligroso. El capitalismo crea escasez artificial al buscar ganancias basadas en el valor de los productos en lugar de su utilidad y al priorizar el crecimiento perpetuo. Por lo tanto, es imposible revertir el cambio climático en una sociedad capitalista; es más: el sistema que causó el problema en primer lugar no puede ser parte integral de la solución.

En cambio, Saitō aboga por el decrecimiento y la desaceleración, que concibe como la ralentización de la actividad económica mediante la reforma democrática del trabajo y la producción. En la práctica, aboga por:

- el fin de la producción y el consumo masivos
- la descarbonización mediante la reducción de la jornada laboral
- la priorización del trabajo esencial sobre las ganancias

corporativas

Al regresar a un sistema de propiedad social, sostiene, podemos restaurar la abundancia y centrarnos en aquellas actividades que son esenciales para la vida humana, revirtiendo efectivamente el cambio climático y salvando el planeta.



Japón / Teoría política

Kohei Saito: Marx en el país del Sol naciente

[Apolline Guillot](#), publicado el 19 de octubre 2024

La obra de Kohei Saito, *Moins! La décroissance est une philosophie*, acaba de aparecer en Seuil. El filósofo, una verdadera *star* en el Japón, reúne comunismo y ecología. Explicaciones.

Quizás Ud. nunca haya escuchado su nombre, pero en Japón, es una *rock star*. En 2020, en plena pandemia, Kohei Saito vendió 500.000 ejemplares de *Hitoshinsei no Shihonron* («El Capital en el Antropoceno»).



KOHEI SAITO

El capital
en la era
del Antropoceno

Una llamada a liberar la imaginación para
cambiar el sistema y frenar el cambio climático

SINE
QUA
NON

Su tesis golpea por su originalidad *old school*: pues el antídoto contra los males del capitalismo no sería pues otro que... el marxismo. Fue estudiando inéditos tardíos de Karl Marx que Saito comenzó a imaginar un «*comunismo decreciente*», construido en torno a la democracia participativa y a las estructuras asociativas de gestión de los comunes. Pero en cuatro años el universitario ha hecho evolucionar algunas de sus tesis más provocadoras ... Cuando lo encontramos en 2024, comprendimos que Saito ya había adelgazado su vino con un poco de agua. «*Predicaba algo así como “revolución de los comunes”, contra los modelos estatales. Pero el proyecto en el que ahora trabajo trata de repensarle un rol al Estado, a través de la planificación ecológica*». Desde hace un año, en efecto es investigador asociado al New Institute de Hamburgo, un centro de investigación fundado por Erck Rickmers, hombre de negocios alemán del partido social-demócrata (SPD). Trabaja en la propuesta de soluciones concretas... y se ha alejado de algunas de sus conclusiones más radicales. «*Las solas asociaciones y organizaciones locales no arrodillarán a la industria fósil. Se necesitan muchos planes de acción*». Su utopía comunista, decreciente, descentralizada y proto-estatal, ha recibido un golpe. **Conviene reformar la gestión de las metrópolis y producir alternativas deseables democráticamente por la mayoría antes que empecinarse en construir utopías secesionistas o imponer rupturas por lo alto.** Pues Kohei Saito es sobre todo pragmático. Según él, «*la teoría sola no puede resolver esta tensión entre la temporalidad propia de la democracia y la de la ecología. Se resolverá en la práctica: hay que intentarlo, experimentar.*» Por lo demás concluye su libro con una cifra: 3,5%. Es suficiente con que el 3,5% de una población se comprometa en un movimiento de reivindicación no violenta para que esa sociedad en cuestión conozca cambios. La revolución de los 99%, no es para mañana, pero en cambio en esta otra, ¡se lo puede claramente lograr!

Yo mismo no sabía nada del fenómeno antes de encontrarme con su apretada agenda – «*planning déjà full*», me había advertido su asistente de prensa más de un mes antes de la fecha que tratábamos de fijar para una entrevista de una hora. Él mismo me admitió que no comprende del todo esta moda, especialmente en Japón, donde la dedicación al trabajo sigue siendo una norma muy fuerte y donde la muerte por exceso de trabajo tiene su pequeño nombre, el *karōshi*.

Claro que hay que decir que la trayectoria del filósofo de 37 años no es muy japonesa que digamos: apenas mayor de edad, se va a estudiar a los EE.UU., luego prosigue su máster y su doctorado en Berlín, donde relee los escritos tardíos de Karl Marx a la luz de la ecología política. En 2016, publica su primera obra, *La Nature contre le capital. L'écologie de Marx dans sa critique inachevée du capital* (Syllepse, 2021),



Editorial [Bellaterra](#), 2022, 364 pp.

antes de finalmente regresar a Osaka, donde colocó las bases de su *best-seller*. Luego le ha dado la vuelta al mundo durante estos últimos cuatro años y como se ve ya está traducido también al español.

Un Marx más verde que rojo

Así que me encuentro pues con nuestro académico del decrecimiento (*décroissant*) en un café muy poco comunista y lleno de platos de *croissants*, en la plaza de la Bolsa, en París. La llovizna no da ganas francamente de creer en mañanas que canten; su libro tampoco. Él parte de una constatación anticapitalista que no parecerá revolucionaria en Francia donde producimos desde hace medio siglo nuestro lote de pensadores anti-productivistas, [de André Gorz](#) –quien popularizó el término «decrecimiento» desde los años 1970– a figuras mediáticas contemporáneas, como el economista [Timothée Parrique](#).^{**}

Como revolucionario iluminado descubro a un hombre cortés, de finas gafas delante de una mirada un poco cansada. Difícil de descubrir, bajo esa fachada flemática, al académico apasionado durante años por los inéditos de Karl Marx, levantando el retrato de un pensador sensible a la sobreexplotación de los recursos naturales y a los modos de vida precapitalistas – lejos de las caricaturas que se le han hecho. De esta lectura, Kohei Saito ha sacado los principios de un «*comunismo decreciente*», descentralizado, construido en torno a la democracia participativa y de las estructuras asociativas de [gestión de los comunes](#). Un comunismo en total oposición a los proyectos soviético o chino, que condicionaban la emancipación de los trabajadores a un crecimiento de los medios de producción.

^{**} < Reseña del libro "*Desacelerar o Morir. Todo lo que hay que Saber (y Desmitificar) Para Comprender el Decrecimiento*"

El deterioro ambiental ha llegado a niveles alarmantes. Y no se piense que ello es producido por “una supuesta naturaleza humana”; es el resultado de una organización social específica vinculada con una determinada visión política del mundo. “La primera causa del deterioro ecológico —nos dice Parrique— no es la humanidad sino el capitalismo, la hegemonía del elemento económico sobre todos los demás y la búsqueda desenfadada del crecimiento”. El crecimiento se mide con una noción salida de la contabilidad en los años treinta del siglo XX: el producto interno bruto, un nuevo mito. Para la mayoría el crecimiento es sólo un aumento del pib. Pero definir así el crecimiento equivale a describir el calor como un aumento de la temperatura: se trata de una descripción sin explicación. El crecimiento contabiliza con rigor una parte cada vez más insignificante de las actividades humanas: los bienes y servicios, pero no su repartición; las transacciones mercantiles, pero no los vínculos sociales; los valores monetarios, pero no los volúmenes naturales; “el pib es tuerto en lo que se refiere al bienestar económico, ciego al bienestar humano, sordo al sufrimiento social y mudo respecto al estado del planeta”. El decrecimiento, por otro lado, es una reducción de la producción y del consumo destinada a aligerar la huella ecológica, planificada democráticamente con un espíritu de justicia social y preocupada por el bienestar. Debemos construir el poscrecimiento, esto es, una economía estacionaria en armonía con la naturaleza, en la que las decisiones se tomen de manera conjunta y en la que las riquezas se compartan equitativamente con el fin de prosperar sin crecimiento. Este libro propone elegir lo menos, lo más ligero, lo más lento, lo más pequeño. Se refiere a un “decrecimiento sostenible y convivencial”, que no es sólo una crítica del crecimiento económico sino también una exploración de la intersección entre la sostenibilidad medioambiental, la justicia social y el bienestar. “Es el desafío de la austeridad, de la frugalidad, de la moderación y de la suficiencia. Pero, en efecto, se trata de un aterrizaje, no de un avionazo; de una dieta, no de una amputación; de una desaceleración, no de un alto total”. La editorial.

https://books.google.com.co/books?id=Ch31EAAAQBAJ&pg=PT11&source=kp_read_button&hl=es&newbks=1&newbks_redir=0&redir_esc=y#v=onepage&q&f=false >

De la revolución al reformismo

«Ud. dice que el [Green New Deal](#) es un callejón sin salida: ¿por qué?» En su libro, Saito no se anda con rodeos respecto a estas políticas de inversión occidentales masivas en la transición energética para un «crecimiento sostenible»: «Con las promesas espectaculares de un New Deal vert, escribe, [el keynesianismo climático] *podrá ganar elecciones, pero no podrá cumplir la promesa de resolver la crisis medioambiental*».

Mientras escucha mi pregunta, el filósofo sonríe pues, antes de desengañarme: «De hecho, no es un impasse – en todo caso, no en todas sus formas». Un tanto sorprendido lo escucho cuando me explica que podría existir un «Green New Deal decreciente». «No me opongo a que existan inversiones públicas masivas para la innovación, para los paneles solares por ejemplo. Para descarbonizar la economía, tenemos necesidad de hacer las inversiones en esas infraestructuras». Estamos pues lejos de las afirmaciones tajantes de hace cuatro años.

En su libro defendía una gestión de los comunes ultradecentralizada, experimentos locales «por lo bajo»; en la actualidad ya insiste en la complementariedad entre la acción internacional, nacional y local. «Ese libro que publiqué hace cuatro años lo escribí criticando el papel del Estado. Abogaba por algo así como una “revolución de los comunes”. Pero el proyecto en el que trabajo en este momento en Hamburgo tiene que ver con la [planificación ecológica](#), trato de repensar un rol para el Estado. Estoy de acuerdo con la idea de que para “bifurcar”, se necesita hablar de inversiones pública, de nacionalización de algunas industrias, etc.».

«Es imposible llegar a una planificación ecológica democrática sin movimientos locales, un compromiso de los ciudadanos; tenemos necesidad de poderes descentralizados, de asociaciones, etc. Pero hay que confesarlo: [¡no será con asociaciones que se detendrá el calentamiento climático!](#)».

Un decrecimiento de alto impacto

Saito parece haberse alejado de los bolsillos de resistencia que invocaba con todas sus fuerzas en su libro – o en todo caso, ahora prefiere hablar de *lo que no es* el decrecimiento, poniendo a distancia los discursos secesionistas de algunos decrecientes que querrían «regresar a la naturaleza». Le pregunto pues si él se imaginaría habitando en París o en Tokio, esas ciudades construidas por entero en torno a ese «modo de vida imperial» que él denuncia en su libro – un concepto este inventado por los politólogos alemanes Ulrich Brand & Markus Wissen, que designa ese estilo de vida al que son tan proclives los países desarrollados, fundado en la expropiación de los recursos y de la energía del Sur global. Saito recorre el café con su mirada, echa un ojo por la ventana a una calle llena de cuadros ejecutivos dinámicos que se tragan un *wrap* antes de volver a sus ocupaciones. «No creo que debamos abandonar las ciudades, volver a la naturaleza. Es una forma de decrecimiento que no comparto. Sí, algunos pueden querer mudarse a la campiña u otro lugar... pero no logro imaginar que todo el mundo pueda aspirar a eso. Si el 1% de la población puede hacer eso, no cambiará nada si el 99% de las personas continúan su vida exactamente igual: es ineficaz». Y concluye con placidez: «Los partidarios del decrecimiento que se van a vivir a la montaña terminan viviendo y muriendo en su rincón». Su pragmatismo tiene algo de desarmante. ¿Cree Ud. realmente en el decrecimiento en las grandes ciudades? «En efecto pienso que es preciso cambiar las grandes ciudades. Es en ellas donde habita la mayoría de los habitantes de los países desarrollados, que son

también los que más polucionan». Y ante mi aire dubitativo, añade: «Sí, las cosas cambian. Por ejemplo, cuando vine a París antes del Covid, no había tanta bici, ciclovías. Las bicis sí que son típicamente ¡un asunto de decrecimiento!» Punto a favor de nuestra alcaldesa Anne Hidalgo. Otro ejemplo: «Agua de París», la autoridad municipal responsable del aprovisionamiento y de la distribución del agua en el seno de la capital, que ya en la actualidad no tiene ningún accionista privado. «Es una verdadera gestión modelo de los comunes a escala de una gran ciudad». Solo puede haber un enfoque multiescalar de la sociedad comunista decreciente. «A veces será menester una gestión local, añade alzando los hombros, muy seguro de él mismo. A veces se requerirá nacionalizar empresas. En otros casos habrá que actuar a escala internacional, con acuerdos multilaterales».

Viendo nuestros smartphones en la mesa. «En una sociedad en decrecimiento, ¿habrá iPhones 13?». Me mira finalmente recto a los ojos: comprende que lo estoy probando un poco. «No necesitamos un nuevo iPhone todos los años; es una idiotez, y de todas formas, no se los puede ni siquiera reparar. En un mundo comunista, se tendrán buenos [smartphones](#), habrá internet de alto desempeño. Se los utilizará de manera diferente porque las sociedades para entonces no estarían todo el tiempo monetarizando [nuestro tiempo y nuestra atención](#). Nuestra manera de consumir las tecnologías es nefasta simplemente porque está dirigida por grandes empresas que sólo buscan la ganancia». Soy escéptico sobre este tecno-optimismo anticapitalista – después de todo es claramente la carrera por la ganancia y la voluntad de conquistar un mercado las que llevaron a Steve Jobs a inventar el iPhone, ¿o no? Anticipándose a mis objeciones, él se justifica: «Hay que decir que yo vengo del marxismo, pienso que es fundamentalmente ineficaz renunciar a las tecnologías y retornar a la naturaleza. Uno puede inspirarse en las sociedades precapitalistas, se puede sacar de ellas modelos de sociedad y de organización pero esto no quiere decir que vamos a renunciar a la salud y a las ganancias de tiempo permitidas por la tecnología». El low tech extremo no es una opción: la sobriedad sólo es buena si mejora la vida de las gentes, les permite el ocio para realizar actividades que tengan sentido. Cuando le pregunto que lugar tendrá [ChatGPT](#) en un mundo en decrecimiento, concede: «Bueno, quizás haya cosas que debemos dejar atrás. Es verdad que la IA utiliza muchos recursos naturales... Esto habría que discutirlo democráticamente».

El pragmatismo como brújula

Pues si Kohei Saito dejó atrás una parte de su radicalismo y habla de ahora en adelante de reformar el capitalismo y de planificar la economía por lo alto, no por ello ha renunciado a su ideal democrático. La crisis climática es urgente, pero él me repite animándose cada vez más: para nada sirve girarse hacia modelos [de Estados autocráticos](#). «A fin de cuentas será el pueblo el que decida. Puede que exista un régimen racista que se haya acomodado, que trate de imponer cosas, pero esto siempre termina por estallar. En todo caso, a largo término no se puede obligar a la gente a que haga lo que no quiere. La democracia es lenta, sí, admite sonriendo. Es fatigante, pero no hay remedio». Incluso la China, que quiere ser líder en materia de transición ecológica, no puede imponer un modelo político fiable. «El autoritarismo siempre tiene acentos seductores. Observe, a comienzos del Covid, pensamos que la China iba a salir bien de él: confinamientos, restricciones, mascarillas, cuarentenas... Y después se les fue la mano, y la gente comenzó a rebelarse, y ahora su economía está pagando el precio».

Entonces ¿qué se puede hacer si la democracia es demasiado lenta y el autoritarismo ineficaz a largo plazo? La cuestión le apasiona visiblemente, incluso si confiesa francamente que no tiene solución comprobada ni certidumbre al respecto. *«Debo decir que de hecho... no sé nada. Es un dilema imposible de zanjar, una tensión inevitable»*. Saito quizás sea marxista, comunista, decreciente, pero no es ideólogo, y comprendo luego de una hora de conversación que es ante todo un pragmático. Y quizás sea esto lo que más respeto imponga; si intelectualmente ha caminado estos últimos cuatro años es porque la ecología también ha evolucionado. Durante la pandemia, todos soñamos con un *«mundo nuevo»*, como lo repetía el grupo francés *Feu!* Chatterton en su tube del verano de 2021. Hoy, el mundo se ha puesto en marcha más rápido, más fuerte, violentamente y sin concesiones. Guerras, crisis económicas, catástrofes, desórdenes políticos... Quedaron atrás las largas conversas nocturnas en las que rehicimos el mundo en la sala del comedor, con una mascarilla puesta. Ahora es la hora del pragmatismo, y Kohei Saito lo comprendió perfectamente: *«La teoría no puede resolver esta tensión entre la temporalidad propia de la democracia y la de la ecología. Quizás se resuelva, pero será en la práctica: habrá que ensayar, experimentar»*. En suma, las discusiones de salón no van a bajarle la temperatura a la superficie de la Tierra. *«Tenemos que ensayarlo todo: las asociaciones, la gestión en común, el Green New Deal, la nacionalización de las empresas, la justicia climática...»*. Ensayarlo todo. El objetivo de Saito es claro, y me lo recuerda para mostrar que él no ha cambiado tanto. No, no hay que contar con ir a cambiar al 1% de los más ricos con la ayuda de los otros 99%. Él termina su libro con una cifra un poco menos deprimente: 3,5%. *«Según las investigaciones de Erica Chenoweth, profesora de la universidad de Harvard, me recuerda él, basta con que el 3,5% de una población se comprometa en un movimiento de reivindicación no-violenta con convicción, para que esa sociedad en cuestión conozca cambios»*. Tiene el aire de estar diciendo: hay que ensayar, puede que lo logremos.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, 1º de noviembre de 2024

Cuaderno 92: sobre el mito del progreso, parte de **Christopher Lasch, un pensador iconoclasta que hay que (re)descubrir** <aquí mismo en esta página web>



[Juegos de estrategia](#)

EE. UU.: ¿un populismo de izquierda para enfrentar el populismo de derecha?

[Michel Eltchaninoff](#), publicado el 22 de abril de 2025

En los EE. UU. los demócratas se despiertan. ¿Qué estrategia adoptar para lograr ganar las elecciones de medio-mandato el año próximo? La del populismo de izquierda, encarnada por Alexandria Ocasio-Cortez, que tiene el viento de popa. Pero todo depende de lo que se entienda por populismo...

Después de varias semanas en shock, los demócratas norteamericanos parecen reaccionar. Hillary Clinton publicó una columna en el *New York Times* para fustigar la «*estupidez*» de la nueva administración. Licenciar a los funcionarios que protegen las instalaciones nucleares o previenen las pandemias, «*it's just dumb*». No es seguro que tal juicio recoja electores decepcionados por el lado tecnócrata y altanero del *establishment* de su partido. Otros, como el senador Cory Booker, que batió el récord del discurso parlamentario más largo de la historia (más de veinticinco horas de un solo tirón), se prestan a encarnar una oposición a las violaciones del derecho. Alexandria Ocasio-Cortez (*foto*), que está al frente de la primera parte de la gira «Fight Oligarchy» del senador «*demócrata socialista*» Bernie Sanders, sigue una vía diferente.

Escuchando los discursos de la representante electa a la Cámara, me sorprendió oírle haciendo que la muchedumbre gritara «*common sense*». Ciertamente, este término es el título de un panfleto de uno de los padres de la independencia americana, Thomas Paine. Pero es impactante ver a esta mujer de 35 años apoyarse en el «buen sentido» solamente algunas semanas después de que Donald Trump hubiera él mismo anunciado una «*revolución del buen sentido*»... que consiste en expulsar a los extranjeros o en marginalizar a los transgéneros. Para recuperar a los votantes desilusionados, la apodada «AOC» ha escogido pues el populismo. En sus discursos denuncia el kidnapping del país por parte de la «*big money*». Clama que los trumpistas no la quieren, no porque sea una extremista sino porque ellas es de la clase trabajadora y ha sido mesera. Rasguña a los demócratas elitistas y quiere reunir a todos los norteamericanos agobiados por las dificultades sociales, cualesquiera sean sus opiniones. Ciertamente que hay camino por hacer para que los demócratas vuelvan a ser el partido de la clase obrera, pero Ocasio-Cortez piensa que lo puede lograr insistiendo sobre las «*experiencias de vida*» de las personas que sufren.

Pero nos podemos preguntar, ¿si se trata realmente de populismo? Al designar al enemigo –los multimillonarios que gobiernan el país–, al dejar de lado las discusiones sobre género o sobre la *cancel culture*, y al pretender unir al pueblo por entero... ciertamente que sí. Sin embargo se trata de un populismo diferente del de la derecha. Si se reclama del buen sentido, se distingue de las gentes de bien y de los «*expertos*» demócratas, atiza el furor de clase, insiste sin embargo en lo que une a los estadounidenses y promueve afectos de solidaridad. Si seguimos al ensayista Thomas Frank, autor de *el Populismo, ¡este es el enemigo!* (trad. espñ. *Pobres magnates*^{*♥}, Madrid: Sexto piso, 2013),

*♥ < George Orwell afirmó célebramente que, en términos políticos, el sentido común no resultaba de mayor utilidad. Personas que en otros ámbitos de su vida se conducen con una lógica racional y coherente, en política albergan conceptos contradictorios sin advertirlo y se guían por prejuicios y pasiones que muchas veces desembocan directamente en el fanatismo. En *Pobres magnates*, Thomas Frank explora con una impresionante lucidez un fenómeno que parecería desafiar toda lógica común: cómo la derecha norteamericana logró dar la vuelta a la mayor crisis financiera desde la depresión de

la retórica de AOC regresa incluso a las fuentes de la izquierda americana. Un «partido del pueblo», opuesto al bipartidismo tradicional, fue creado en efecto en 1891 y se autoproclamó «populista». Un vocablo inmediatamente criticado por sus adversarios y caricaturizado como «*un peligroso movimiento de amargura infundada al que demagogos empujaban a la parte menos recomendable de la población*». Conclusión de Frank: «*Los adversarios de la derecha deberían reclamarse de la grandeza del populismo antes que abandonarlo en manos de tipos como Donald Trump.*»

Es lo que trata de hacer Alexandria Ocasio-Cortez. Por lo demás se diferencia de los populismos de izquierda europeas –como aquel de Jean-Luc Mélenchon. La estrategia de AOC no cuestiona al Estado de derecho sino que busca por el contrario restablecerlo frente a las transgresiones trumpistas. El jefe de fila de La France insoumise, en lugar de estarse refiriendo a Hugo Chávez, bien podría buscar inspiración en el norte del continente americano...

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, julio 6 de 2025

1929 para convencernos de que las corporaciones que la ocasionaron, en especial, Wall Street, en realidad eran sus principales víctimas. Así, en lugar de que la crisis llevara a cuestionar el fanatismo de mercado y la desregulación financiera que permitió –una vez más– que las ganancias millonarias fueran privadas mientras las pérdidas se socializaban, el 1% que detenta la mayoría de la riqueza salió más fortalecido que nunca, con el inexplicable apoyo de buena parte del 99% desfavorecido. En este momento de crisis económica generalizada en Occidente, en el que los ciudadanos europeos de varias generaciones tendrán que pagar los rescates bancarios, *Pobres magnates* es una guía inmejorable para comprender el inmenso poder seductor y el avance electoral del populismo de derechas. En ese sentido, como demuestra Thomas Frank, el primer enemigo a vencer para cambiar la situación, nos mira cada mañana desde el otro lado del espejo. La editorial >